

Su sangre el mártir dió; dulce reposo
 Al muerto da, del vivo es paz ansiada.
 Suavísimo reflejo de la aurora,
 Esplendorosa luz del medio día,
 Piedra angular, cristiano á ella confía
 Tu edificio; en arena engañadora
 Edifica el doctor de la mentira... (1)

(1) Janssen, *Stolberg*, I, 138 y sig.

INTRODUCCIÓN Á LA TERCERA EDICIÓN

1. **Diferencias de condiciones entre el apologista de hoy y el de otros tiempos.**—No podemos pasar la vista por el largo catálogo de apologistas cristianos, que comienza por San Justino Mártir, sin experimentar gran sentimiento de respeto por los trabajos del espíritu humano. En la lucha veinte veces secular entre la fe y la incredulidad, se ha hecho uso de tanta sutileza de ingenio, y se han producido tantas obras del mismo género, que no podían excitar en nosotros más grande admiración todos los hechos heroicos cantados por los grandes poetas épicos.

Mas no se ha terminado todavía este combate gigantesco que ha llamado la atención de todo el mundo y por tanto tiempo ha tenido en suspenso los espíritus. Por el contrario, á estas horas se pelea, (1) como vulgarmente se dice, en toda la línea. Jamás ha sido más numeroso el ejército de los combatientes, jamás ha sido tan completo el material de guerra, y jamás fué más vivo el encarnizamiento. Comparadas con este conflicto inmenso, las batallas intelectuales de otros tiempos, nos producen la misma impresión que las escaramuzas ante la ciudad de Troya, ó los combates parciales en el *Schahnameh* ó en los *Nibelungen*. Son gigantes ó caballeros que luchan en presencia de espectadores nada más que por luchar. Observad fielmente las reglas impuestas á su clase por el arte. En

(1) Á la hora actual no ha aparecido todavía la 3.ª edición. De un manuscrito dado por el R. P. Weiss se ha tomado esta introducción. (Nota del traductor francés).

toda guerra de lanza ó de pluma hay combatientes organizados por columnas que se rigen por reglas anticuadas. No es libre el pueblo para desplegar allí su valor. Mas en esas columnas caen de un solo golpe diez mil víctimas, cuando marchando la una contra la otra se abren paso los héroes á través de las masas.

Han cambiado los tiempos. Sólo un poco de atención se presta hoy al valor personal y á las reglas del arte estudiado con tanta labor. Cuando se trata de una guerra nacional, acudimos á cuantos son capaces de llevar armas. Y para hacer que de nuestra parte se incline la victoria hacemos levas formidables y preparamos inmensas escuadras.

Lo mismo sucede en las guerras de la inteligencia. Se ha popularizado la ciencia, tan aristócrata en otro tiempo, y está en vías de *proletarizarse*. El sabio que no quiere luchar sino con todos los honores debidos á su clase, ni combatir sino con sus iguales, según las antiguas formas de la lógica y de la silogística, produce el efecto del caballero Bayardo que, montado en su caballo, caída la visera, se dirigía á provocar con su lanza al general en jefe que estaba á la cabeza de su ejército. Se admira á esos espíritus distinguidos—sirviéndonos de sus frases—como á anacronismos extraños; pero se pasa por delante de ellos, como por delante de las viejas armaduras que decoran las armerías.

Si queremos atenernos á nuestra época, debemos esperar en el taller de un sastre ó en una mesa de café, á que nos provoque á la lucha el socialista ó el obrero. Y aun cuando desde lo alto de su cátedra nos desafíe un profesor, no quiere decir esto que debamos combatirle observando las leyes de la dialéctica. Hay por doquiera seres originales que nos proponen renunciar al mundo entero para disertar en un punto fijado por él, ó en el bacilo primitivo de la vida, debido á sus felices descubrimientos. Pero es muy limitado el número de tales genios. Por regla general, hay que estar prontos para discutir en un cuarto de

hora sobre todas las ciencias que han cultivado y cultivarán todos los hombres que han existido y existirán desde la época de la nebulosa y del período glacial, hasta los tiempos venideros de la conflagración universal.

2. Disolución de todo el orden estable en la cultura y en la vida.—Tal estado de cosas hace excesivamente difícil la empresa del apologista. No contamos con enemigos bien determinados ni con campos de batalla bien delimitados. Es semejante nuestra situación á la de los Europeos primitivos que, en sus emigraciones, avanzaban sólo paso á paso y cuchilla en mano. Temiendo encontrarse con el brillo de una flecha ó ser espiados por uno de los osos de las cavernas, presto á caer sobre ellos, dirigían alternativamente miradas furtivas á la curva de los ríos por donde descendían, y á los bosques que tras sí dejaban. No podían tener confianza ni en la densa bruma que los rodeaba, ni en el fangoso y movedizo terreno que pisaban. Y unía-se al temor á los hombres y á los animales el recelo continuo de algún mal paso mortal.

En efecto, no podían ser más imperfectos los principios de la sociedad y aun los principios del mundo físico de lo que es hoy el estado del mundo moral y científico. Todo se ha puesto en tela de juicio; de todo se duda; todo se remueve confusamente; es la insondable papilla del protoplasma.

En los dominios de la biología, el Darwinismo, digno discípulo del Gnosticismo teológico, ha pulverizado todos los huesos, ha dislocado todos los miembros. De todos los seres ha hecho masas informes, llevándolas á la idea única de «gelatina universal». Cuando un aspirante á profesor (*privat-docens*) se presenta hoy ante sus oyentes, y declara que en el cerebro de un loco acaba de descubrir el bacilo de la sabiduría, y en ese bacilo el germen de una serie de evoluciones, cuyos polos opuestos son el asno, el ganso y el bacalao, nadie tiene valor para calificar tal invención de broma del peor gusto. Todos guardan respetuoso silencio. Porque, piensan que nadie puede impedir que dé la prueba evidente.

Toda nuestra civilización se gobierna por la estrella del Darwinismo. En Lógica y en Metafísica hemos llegado á punto de permitir que se nos asegure con toda seriedad que puede imaginarse muy bien un desarrollo de nervios discursivos, según los cuales dos y dos no han de ser ya cuatro, sino tres ó cinco. La Psicología se ocupa en teorías que, en tiempo de más sosiego, pudieran llevarnos ciertamente á un hospital de locos, y podrían llevarnos todavía hoy. Hablamos de las doctrinas sobre la sugestión é hipnotismo. Á su lado podría figurar muy bien el descubrimiento de Arturo Rimbaud sobre los colores, aun cuando no sea una novedad. Luis Tieck ha hecho ya el retrato de un pintor que representa en colores los casos de la declinación. Pero en aquellos tiempos se tomaban las cosas como una gracia, mas hoy se toman con toda seriedad. El hombre de genio que ha hecho semejante descubrimiento encuentra tantos discípulos al afirmar que *a* es negra, *e* blanca, *i* encarnada, *o* azul, *u* verde, como Julio Millet sosteniendo que *e* es amarilla, *i* blanca, *o* encarnada, ó que Claparedo que pretendía que *e* era azul, y *o* amarilla. Y cuanto más extravagantes son esas humoradas, más excitan el deseo de profundizarlas. En fin, para continuar estos preludios llenos de esperanzas, René Ghil desarrolla una completa teoría de los colores del lenguaje, y Suárez de Mendoza levanta todo un edificio doctrinal sobre la percepción que de los colores tiene el oído.

Fácilmente se comprende que semejantes progresos no dejan punto de reposo á los representantes de otras ciencias. Los más atormentados por el insomnio son los historiadores de la civilización. No hay esfuerzo que no hagan, para llevarse la palma. Estimulados por los celos, siguiendo los pasos de Hegel, y más aún los de Herbert Spencer, no pueden dejar de dar vida á obras maestras.

En el hacinamiento de materiales dan por otra parte pruebas de perseverancia incontestable. Á primera vista puede parecer complejo el arte con que los aplican á la obra; pero en el fondo es de los más sencillos. Nada hay ni

en la historia ni en la fábula de que no sepan aprovecharse. En su mortero se confunde todo, todo es bueno, vicios y virtudes, Dios y el diablo, los Iroqueses y los Griegos, la magia y la poesía, desechos de cocina, zampona y arte de matar. Todas las formas que quiere darle el obrero toma esta papilla sazónada con pimienta, cuyas dosis se renuevan constantemente, y revuelta con la mano del almirez, manejada con incomparable destreza. Aun cuando quiera engalanársela con el pomposo nombre de Evolucionismo, no es más que un trabajo de cocina.

La Moral filosófica, ó, como se la quiere llamar hoy, la Ética, sigue la misma corriente de ideas que la Historia.

Según ella, no está en los objetos la distinción del bien y del mal; para hablar á lo Taine, son el uno y el otro nada más que productos químicos como el azúcar y el vitriolo. Es algo inmoral la virtud practicada por obediencia hacia Dios, ó fundada en la perspectiva de una recompensa eterna; crimen contra la naturaleza es la represión de la sensualidad, y decadencia del orden social la monogamia indisoluble. Si las damas encantadoras del matorral que arrastraban al crimen á Macbeth con su moral:

«La hermosura es fealdad,
«La fealdad hermosa.
«Con nosotros voltead
«En el aire y niebla impura», (1)

volviesen á aparecer entre nosotros, podrían decir que nadie ha comprendido mejor su doctrina que la moderna filosofía moral.

Ni podría librarse mejor de semejantes alabanzas la Estética. Parécenos que va en cierto modo mucho más lejos que la Filosofía moral. No se contenta con dar á la honradez el nombre de imbecilidad de espíritu, y al pudor el de crimen de lesa hermosura; llega hasta celebrar á Satanás como el representante de la fuerza moral más maravi-

(1) Shaksp., Macbeth, I, 1.

llosa y, por consiguiente, como el más elevado ideal del arte.

La crítica se encuentra en el atolladero: no sabe á quien dar el premio.

Mas ya asoma la ciencia de las religiones comparadas, especie de Benjamín del positivismo. Con exactitud matemática nos demuestra que son una sola y misma cosa el Dios de los Judíos y el sanguinario Moloch, Cristo y Buda, el sonambulismo, el espiritismo y el profetismo, Dios y Belial; y que tienen su religión los animales lo mismo que los hombres. Pretende que los animales son los que han enseñado la religión al hombre. Y aunque sea la más joven de las ramas de la ciencia, sus frutos son los más revolucionarios; y si tratara de resolver cuál de esas ramas respeta menos lo que han tenido siempre los hombres como verdadero y como santo, cargaría ciertamente con los honores del triunfo. Donde se hace aplicación de esta ciencia ni se puede clavar un clavo en la pared, ni guarda su lugar una piedra en los cimientos. La creencia en la existencia de Dios no es más que invención de los semitas; el Logos, elucubración de la especulación helénica; la doctrina sobre la Redención, derivación del derecho criminal de los Germanos; la Iglesia y el Catolicismo, resultado de las ideas del imperio romano; la doctrina sobre los espíritus, la inmortalidad, la caída original, plagio de las teorías persas sobre el mismo tema; la moral y la ascética cristianas, imitación de las prácticas de penitencia que existían entre los Budistas y los Brahmanes. En una palabra: todo está revuelto de arriba á abajo. Es una confusión general. De nada puede encontrarse el certificado de origen.

El pacífico pensador y el ciudadano que atiende aun al orden y á la tradición están desorientados ante semejante caos. Juzgan que no ha podido inventarse expresión más á propósito que ésta, *fin de siglo*, para nombrar esta civilización. Sólo está á gusto el hombre moderno, cuando ha perdido toda su forma y su color natural. Ha llegado el

momento, dice, en que han sido colocadas las cosas en su verdadero lugar é iluminadas con su verdadera luz.

Impulsado por esto, pinta el pintor caras azules, ojos verdes, labios argentinos, y la obra fantástica es la admiración del mundo entero: es moderno. Cristo en el Templo es representado como un pequeño judío polaco; Cristo resucitado, como un merodeador que ha escapado de una batalla; la Virgen María como una sirvienta holandesa. San Pablo aparece unas veces como un hermoso genio griego, y otras como un buhonero judío. El que no los conoce da pruebas de ignorancia ó de grosería. Y el que quiera comprender la historia y las necesidades de lo presente, debe declarar que la presencia de semejantes caricaturas de la santidad hace penetrar en su espíritu la luz de la verdad y de la religión. Se unen objetos separados por distancias infinitas, ó incompatibles; se las juxtapone, y cuanto más extravagante y confusa es la unión, más moderno es el resultado, y con seguridad será más admirado. De ahí el éxito de libros como «Rembrandt éducateur»; de ahí el número siempre creciente de adeptos que juran por los trastos místicos del Sár Péladan, y que en las innumerables sectas del Ocultismo parisiense se divierte con los más siniestros juegos de magia diabólica: de ahí el entusiasmo provocado por la «obra maestra» de Ricardo Wagner.

Tal es la «Biblia pauperum» para uso del mundo moderno. En ella se ven, se oyen, se palpan de una vez el placer de los sentidos, la omnisciencia, la poesía, el disfraz de la religión, la música, el baile, la predilección por los modelos; en una palabra, todo lo que puede cautivar y seducir, hasta que lo pasado, lo presente y lo porvenir se convierten para los ojos y para la inteligencia en las neblinas del Niflheim y para el corazón en la voluptuosa embriaguez del baile de las ondinas cantando su Wigala-Weya.

3. Negación de toda verdad objetiva.—No nos maravillamos, pues, si en semejantes circunstancias ya no

crea el mundo en ninguna verdad, y sobre todo en ninguna verdad religiosa.

Sólo los espíritus vulgares creen dar suficiente testimonio de benevolencia hipócrita á Cristo, colocándolo en un banco del «Teatro libre» en compañía de Mahoma y de Confucio. Si hemos leído las frases nebulosas del Agnosticismo sobre la existencia de Dios y la perceptibilidad de las verdades suprasensibles, las flores retóricas de Schleiermacher sobre la Religión, las mentidas alabanzas de Strauss y de Renán dirigidas á Jesús de Nazaret, los eruditos equívocos de la mayor parte de los críticos de la Biblia sobre el Pentateuco y los Evangelios, experimentamos cierta especie de simpatía hacia esa grosera rudeza con que hacen pedazos en su yunque las enseñanzas de la fe los teólogos del socialismo. Lo más sensible es que no hay una sola de las enseñanzas de la fe y de la moral que no haya sido guisada en el calderillo de los hechiceros de la ciencia moderna. No encontramos parte intacta ni en materia de religión, ni en materia de derecho. Todo lo han negado los espíritus más consecuentes. El pensamiento de nuestra época está admirablemente expresado en el muy conocido libro de Max Nordau, y que se ha propagado en proporciones increíbles. Trata sucesivamente de las mentiras de la religión, de la monarquía, de la aristocracia, de la política y de la economía. Después de haberlo remolido todo con esta sola palabra, «mentira», no se para ahí Nordau. En un capítulo que titula «Algunas mentiras más pequeñas», hace tabla rasa de las antiguas convicciones y de las viejas instituciones. Se engaña. No son tan pequeñas como piensa él esas pequeñas mentiras. Entre ellas se encuentra más de una, ligada de la manera más estrecha con la salud de la sociedad entera. Puede comprender todo el mundo que para la conservación del orden público no es indiferente considerar el matrimonio y la propiedad como instituciones fundadas en el derecho, ó como ilusiones convencionales, y considerar ó no una ley natural fuera del alcance del arbitrio humano.

No es difícil comprender que se ha concluído toda inteligencia, toda confianza y toda seguridad entre los hombres, si se pone en duda la responsabilidad personal, si se considera como un yerro la aceptación de una verdad objetiva, y si, para colmo, se llama á la conciencia la más grande de las mentiras, por la cual, se dice, una falsa educación ha despojado al hombre de la ingenua sencillez de pensar y de obrar.

4. Medianía de las personas mejor intencionadas.—

Parece que estos ejemplos y otros semejantes que en gran número nos facilita la historia de la filosofía moderna, de la literatura y del socialismo, deberían pregonar muy alto la verdad. Deberían, sí, proclamar que las pretendidas ideas modernas se alimentan sin duda de raíces malsanas y ocultan veneno bastante para corromper no sólo á los individuos que las beben, sino á toda la sociedad que viva próxima á ellas. Y por tanto hay otro principio que tendría bien poco satisfactorio resultado, si se tratase de llegar hasta su fondo. Hasta los que participan poco de las ideas favoritas de la época, hasta los que se asustan del siniestro aspecto de gran número de ideas anunciadas más arriba, se indignan y se acaloran, cuando alguien se permite aventurar una palabra vaga contra la corriente intelectual de la época. Y al culpable de semejante estropicio lo tratan de pesimista, de regañón sin educación, y de lógico extremado. Es necesario admitir, dicen, que en el árbol de la moderna civilización crecen retoños soberanamente peligrosos; pero no es motivo para condenar al árbol.

Así, por un lado, vivimos en medio de una corrupción, cuya extensión pueden medir muy pocos; por otro, ante el desastre general, aun los mejores intencionados dan pruebas de ceguera y de poquedad tales que parecen incomprendibles á los que ven el fondo de las cosas. Como consecuencia, entre los que forman el pequeño ejército de los avisados resulta no pocas veces una especie de animosidad y más frecuentemente una especie de descorazonamiento.